Colegio Salesiano de León XIII

1890 -
1990



1890 Bogotá 1990



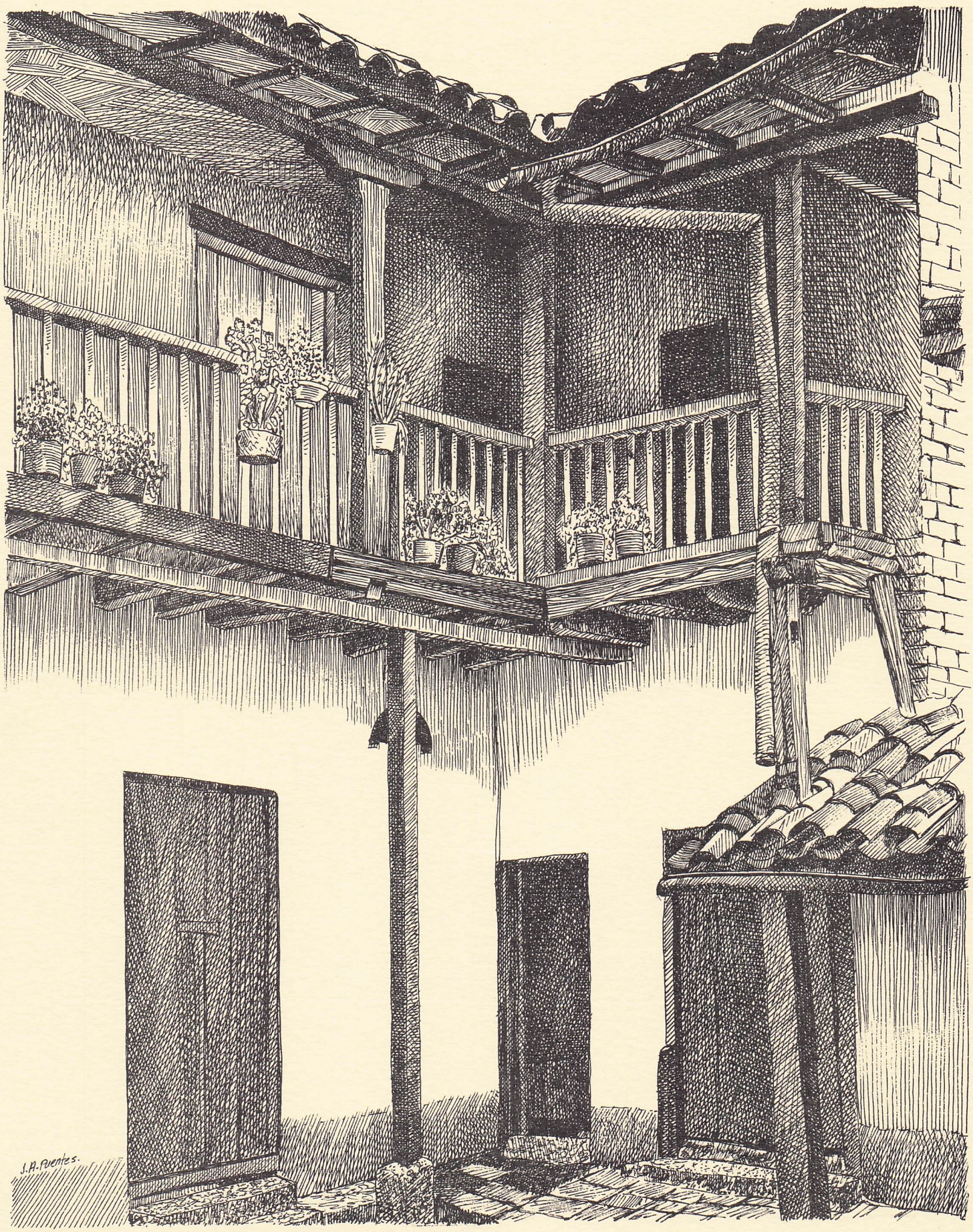
CASONA DEL BARRIO SANTA BARBARA
CARRERA 7a. No. 5-44

Tristes fueron las primeras horas en Bogotá. No se sabe por qué, nadie esperaba la venida de los salesianos en esos días, y así nadie salió a recibirlos. Fuera de lo poco que traían consigo, nada tenían, ni siquiera se les había preparado casa. Verdaderamente providencial fue por lo mismo el encuentro con el padre Valenzuela, pues por dos semanas los padres jesuítas les dieron caritativamente alojamiento y comida, y lo que es más: consejos y atenciones. Y estos cuidados no concluyeron ahí: son muchos los favores que los salesianos debemos a los hijos de Ignacio, y así nos complacemos en reconocerlo.

Por esos días llegó el padre Unia, y entonces empezó a trabajar, ayudado por algún jesuíta y el presbítero Briceño, para que el gobierno les diera el edificio ofrecido.

El gobierno les asignó una casita en el barrio de Santa Bárbara, en la carrera 7a. en la misma acera del templo; la que estaba marcada con el número 195, y está hoy señalada con el número 5-44.

(Tomado de la obra del P. José J. Ortega Torres, salesiano: *La obra salesiana en Colombia,* vol. I, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, pp. 22-23).



CASONA DEL BARRIO SANTA BARBARA
CARRERA 7a. No. 5-44

Claro que esta casa se edificó en el solar de varias casas; la que se destinó al padre Unia y sus compañeros era pequeña, incómoda, hacía tiempos desocupada. La humedad la tenía deteriorada; ellos mismos se dieron a asearla, a arrancar las malezas que crecían en los patios, a habilitarla lo mejor que podían. Vivían de las misas que los dos sacerdotes celebraban "a hora tarde en las iglesias", como dice un apunte en nuestras crónicas, y de lo poco que les enviaban de regalo algunas familias que empezaban a darse cuenta de que ya estaban en Bogotá los salesianos. La dificultad de no poseer el idioma les hacía más difícil la vida. Por fortuna eran todos animosos y trabajadores, como formados por don Bosco mismo. Mientras los padres ejercían su ministerio como podían y hablaban con los empleados de gobierno, los hermanos cocinaban, salían de compras, lavaban la ropa...

Así las cosas, llegó el padre Evasio. De más empuje que el padre Unia, en un momento lo removió todo; empezó a hacerse conocer, y ya la prensa comenzó a hablar y a saludar a los hijos de don Bosco.

Don Evasio empezó por hacer ver al gobierno que esa casa no era por ningún motivo apropiada para colegio; entonces se les destinó el primer patio del antiguo convento del Carmen, convertido desde 1861 en hospital militar. Fuera de este patio, sus claustros y la huerta, el resto del edificio siguió como hospital hasta 1892. Inmediatamente se empezaron las reformas necesarias, y se dejó la casa de Santa Bárbara.

(Tomado de la obra del P. José J. Ortega Torres, salesiano: *La obra salesiana en Colombia,* vol. I, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, pp. 22-23).

CASETTA in cui alloggiarono per un mese i primi salesiani arrivati a Bogotà,nel febbraio 1891.



CAMARIN DEL CARMEN

Esterno della Chiesa del Carmen,di Bogotà:
la chiesa consegnata a D.Rabagliati nel I890
r sede dell'Opera Salesiana ai tempi di D.Evasio Rabagliati.

EL CAMARIN DEL CARMEN

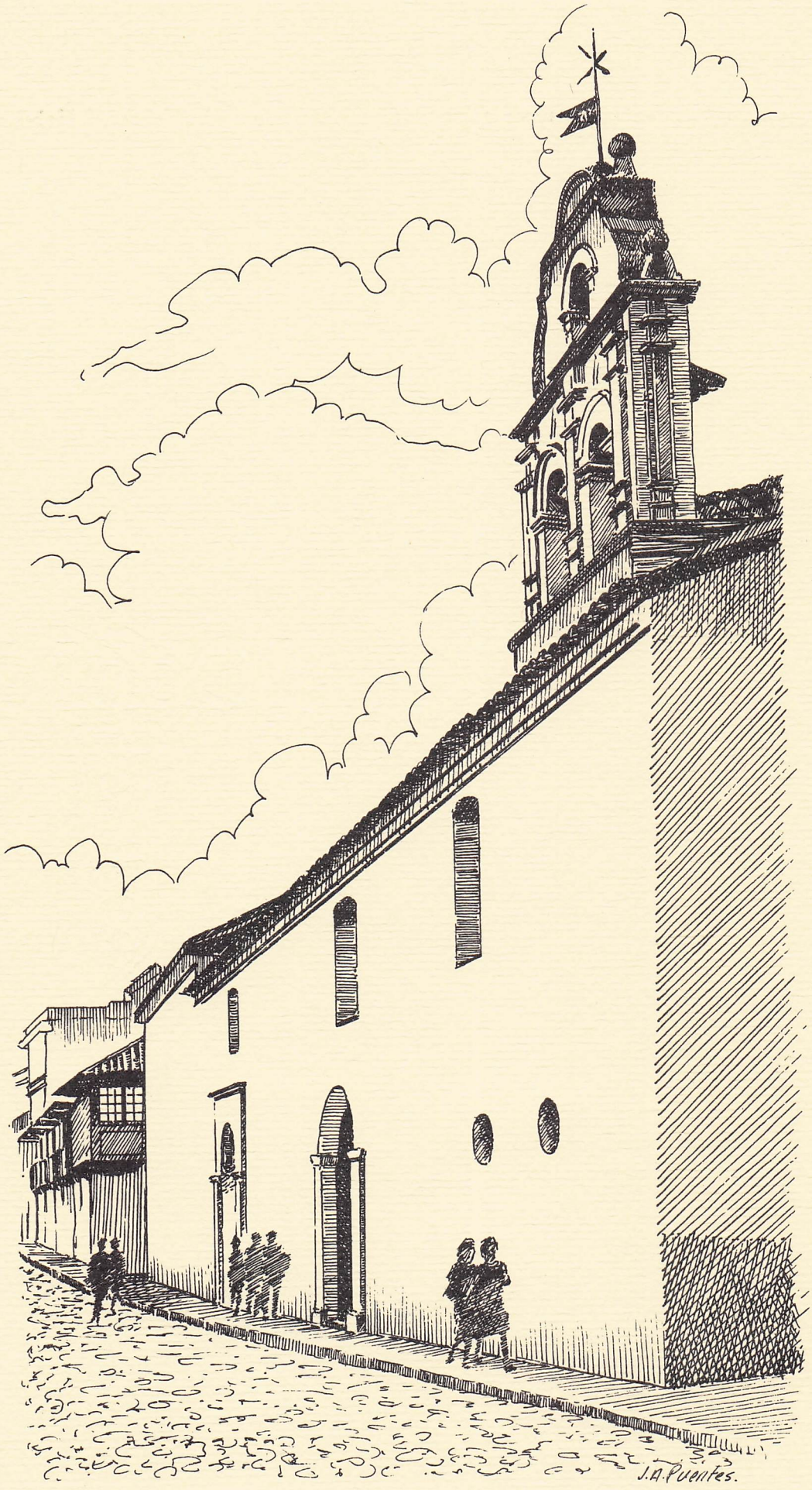
En esta calle estrecha y empinada
que en un tiempo se llamó de la agonía
el Camarín del Carmen todavía
se agarra a la pared destartalada.

Es un recuerdo de la edad pasada;
es el testigo de mayor valía.
El vió el virrey Solís cruzar un día
y oyó el galope de la mula herrada.

El guarda a Santa Fe. Por él existe
la ciudad colonial mística y triste
de tradiciones y recuerdos llena,
que al sentirse tan huérfana y tan sola
envuelta en una capa a la española
se metió en él para llorar su pena.

ISABEL LLERAS DE OSPINA

p. 45-46



ANTIGUA IGLESIA DEL CARMEN

Pedro de Arandia, tunjano rico y de piedad ardiente, en 1655, tres años antes de su piadosa muerte, comenzó la obra perdurable de su caridad: la iglesia del las descalzas, monasterio que se había llevado todo su afecto, y que, desde años atrás, venía recibiendo beneficio tras beneficio de don Pedro de Arandia. La humilde fábrica parecía remozada con los cuidados del benefactor; las monjitas fueron mimadas con regalos, y el refectorio conoció días de abundancia. La enfermería fue dotada de ropas nuevas; la capilla cobró esplendor en sus ajuares, y no faltó la limosna para los pobres que al torno se acercaban, sin que por entonces se repitiera el gesto de la fundadora cuando un día, hallándose sin comida para las religiosas, como hubiese llegado al torno una pobre mujer desharapada, partió aquella la única manta de su cama y alargó, generosa, la mitad a la desgraciada que tenía que pedir.

"Pero Arandia quería algo más. ¿Para qué habrían de servirle los doblones relucientes que guardaba en su casa, para qué las ropas de Castilla y Quito, los rancios vinos andaluces, las mantas de trama que llenaban su tienda y que iban y venían a Cartagena, Quito y Popayán, al cuidado de su hermano Luis, su socio incomparable? ¿Para qué, si no tenía hogar, y sus sobrinos tendrían bastante con la fortuna que habría de legarles? Torna su memoria al Carmen: el convento apenas tiene modestísima capilla que un día le costeara piadoso un oidor y halla entonces la obra perdurable que anhela: construir desde los cimientos iglesia digna de la piedad conventual.

"Así surgió la iglesia; así se adosó al muro el bello camarín que parece abrigar bajo sus pliegues, como lo hiciera hidalga capa de grana, toda el alma de la ciudad de Quesada, como lo cantó Isabel Lleras en precioso soneto. Las campanas comenzaron a cantar desde los ojos de la graciosa espadaña, rimando, cristalinas, con la vertiginosa corriente del San Agustín, y llevando en sus voces las horas dulces y las horas amargas del convento, doncellas que se esfuman para el mundo envueltas en el hábito de santa Teresa, santas de marchitos semblantes que reposarán para siempre en la cripta subterránea.

"Murió don Pedro, el rico generoso; se hizo la noche en sus ojos y el aliento lo abandonó, sin haber gozado con la coronación de su obra cuando esta crecía próspera. El 24 de octubre de 1658, Arandia apenas tuvo aliento para confiar la ejecución de su postrimera voluntad a don Miguel Henríquez de Mansilla, su sobrino, a Luis, su hermano y compañero, y a su amigo el licenciado don José de la Barrera. En buenas manos dejó su voluntad; Henríquez de Mansilla, convirtió en realidades los deseos del testador, y antes que ninguna otra cosa le distraiga, destina dos mil patacones 'para que se hagan los retablos del altar mayor y de las ánimas del purgatorio del dicho convento del Carmen'.

"Henríquez apresúrase a tratar con escultores y doradores, y encuentra que tal suma no cubrirá las obras, magníficas como deben ser, según los deseos de su tío el de Arandia. Toma de sus propios haberes otros dos mil patacones, y aún antes de otorgar como apoderado del testamento de su tío, contrata con el maestro ensamblador Francisco Ignacio de Escucha la hechura de un tabernáculo de madera que llene el güeco y blanco que hace el altar mayor... el qual tengo de dar acabado en toda perfezión en blanco... dentro de nueve meses que corren desde oy (18 de febrero de 1659), por mil pesos de oro de ocho reales... los quales se me han de pagar de los mil pesos que dejó para este efecto Pedro de Arandia, difunto, por cláusula de su testamento so cuya disposición murió". Quísose celebrar el primer aniversario de la muerte del benefactor con la conclusión del tabernáculo encomendado a Escucha, así como del retablo de las ánimas, a cuyo pie descansan los huesos del rico generoso".

(Guillermo Hernández de Alba, *Teatro del arte colonial.*)

pp 45-46



CAMARIN DEL CARMEN

«10 de agosto de 1606. A impulsos de la ardiente piedad de un arzobispo ilustre, el señor Lobo Guerrero, doña Elvira de Padilla, dos veces viuda de nobles caballeros, don Francisco de Albornoz y don Lucas de Espinosa, miró sus casas convertidas en el monasterio de San José, de monjas carmelitas, donde ella habría de llamarse Elvira de Jesús María, sus hijas, Elvira de San José y Ana Manuela de la Concepción, y donde sus sobrinas, Francisca e Isabel de Pimentel, en pos de las fundadoras, seguirían el camino de la santidad.

Pobremente nació el monasterio. Su fundadora entregó generosa cuanto tenía: las casas de su morada hechas claustro por la caridad arzobispal; la nobleza completó la dotación con rentas que permitieron en sus comienzos alimentar a las treinta y tres monjas iniciadas en la vida monástica por dos santas religiosas llamadas del convento de la Concepción: Juana de Poveda, primera priora carmelita, y Damiana de San Francisco, nombrada vicaria del Carmelo.

Días de angustias económicas hubo de tener el convento del Carmen que, en tanto florecía en virtud, vivía de limosnas, conmoviendo la piedad de ricos vecinos, personajes del gobierno, hidalgos y damas, hasta alcanzar, por ser asilo de nobleza, el apoyo oficial del lejano monarca, y con él el título de real monasterio. Salvada la contradicción oficial de los días de su erección, por no haberse consultado la voluntad del rey, creció después sin tropiezo el primer monasterio carmelita del nuevo reino, llamado a extender a todas las regiones del país la reforma de la mística Doctora.

Escasos datos más podemos agregar sobre el Convento del Carmen.

De todo ese tiempo de paz conventual hoy poco se encuentra, pues muchos de los documentos de las monjas se perdieron al ser expulsadas, algo queda en el archivo nacional, esperando la investigación diligente del historiador.

El 5 de noviembre de 1861, por orden del presidente Tomás Cipriano de Mosquera, quedó extinguido el antiguo convento de carmelitas, y éstas fueron arrojadas a la calle. Los soldados rodearon desde la víspera el convento, capitaneados por Miguel Gutiérrez Nieto, llamado comúnmente *Gurrumé*. Envalentonados por su carácter de perseguidores, gritaban insultando a las religiosas. El día citado, a las 3 de la tarde, forzaron la puerta de la iglesia y la rompieron. La priora, madre Felicidad, subió al coro alto donde estaban las religiosas orando, y les avisó que los enemigos venían a sacarlas del convento. Hicieron juntas y en voz alta un acto de conformidad y de resignación, y bajaron al patio, sin llevar nada consigo. En la calle reinaba la confusión: unos pedían el castigo de Dios sobre los perseguidores de la Iglesia; otros se compadecían y lloraban sin decir nada; otros vociferaban alabando a Mosquera; algunas de las familias de las religiosas las esperaban para llevárselas, pero ninguna quiso aceptar: entre ellas se encontraban sor Dolores de Santa Ana; que murió de edad muy avanzada el 24 de diciembre de 1922 y a quien debemos estos datos.

Al salir las religiosas del claustro, éste fue invadido por el populacho: claro está que no dejaron de perderse entonces muchos objetos, y entre otros, cuadros de la iglesia; después que todos saciaron su curiosidad, los soldados cerraron el convento y lo sellaron. A los pocos días fue convertido en hospital militar.

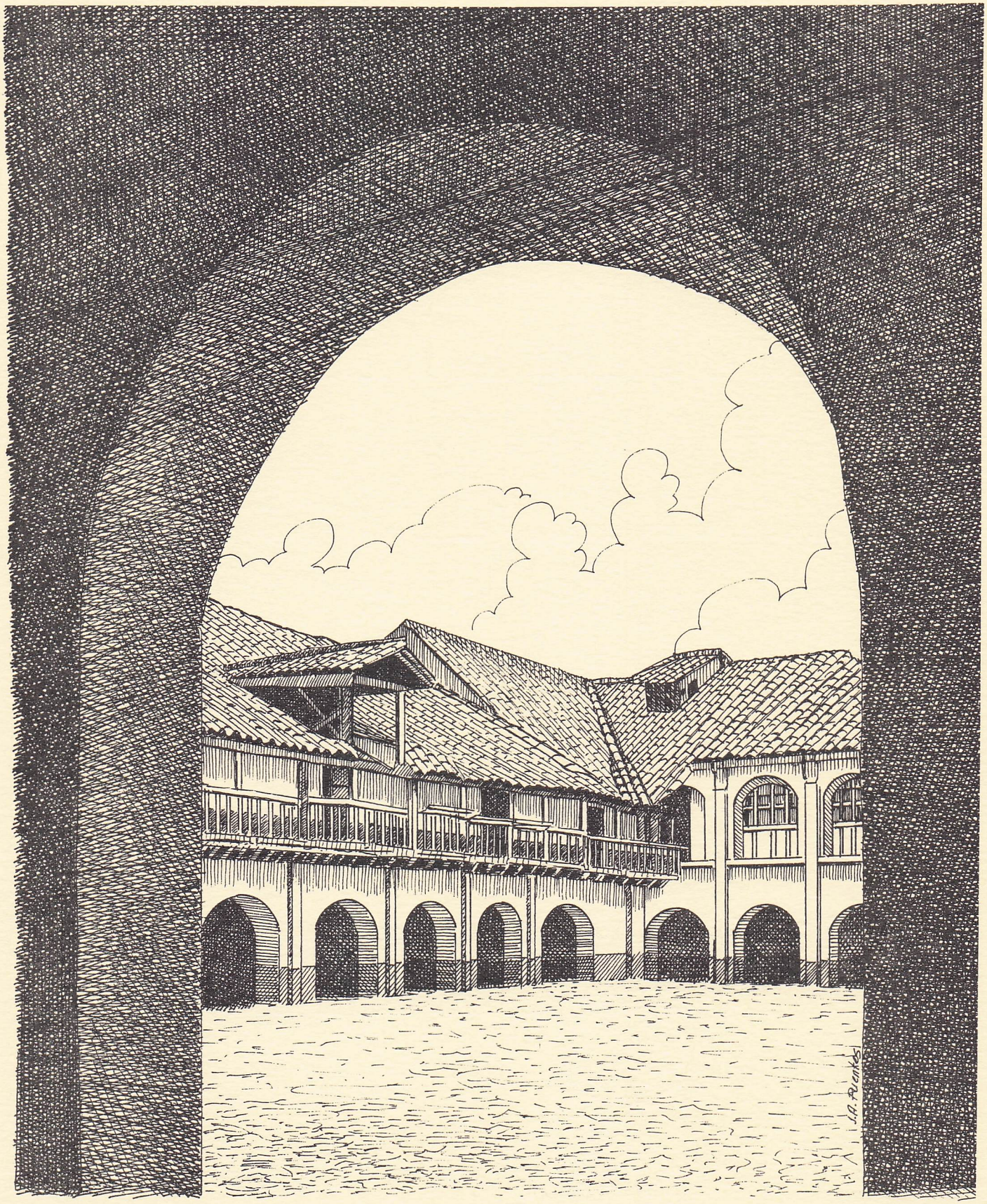
Una familia pudiente recogió a toda la comunidad y la llevó a su casa. Las religiosas al verse tan oprimidas, por propia voluntad, pues no fueron desterradas, resolvieron pedir limosma para salir del país, y ayudadas por muchas personas, lograron llegar a su convento de Puerto Rico, donde a poco, a causa del viaje, murió la madre Telésfora de Jesús. Allí estuvieron once meses, y luego se repartieron las diecisiete sobrevivientes; diez fueron a la Habana, y siete a Consuegra, en España, en la provincia de Toledo. Once años permanecieron en esos conventos donde murieron algunas.

Restablecida ya la paz religiosa en Colombia, en tiempo del señor arzobispo Arbeláez, las religiosas de la Habana preguntaron al prelado si podían volver. La respuesta fue afirmativa; así la participaron a las residentes en Consuegra, y todas resolvieron regresar a Bogotá. Con limosnas arreglaron el viaje, y llegaron aquí el 18 de diciembre de 1874, después de trece años de ausencia, logrando establecer finalmente su nuevo convento en Chapinero.

Por convenio de los salesianos, al comprar a las monjas la iglesia del Carmen, pasaron a ellas todos los cuadros e imágenes de la misma junto con los altares, y hasta los artesonados del techo.

Al recibir los salesianos el antiguo claustro y su iglesia, muchas cosas habían desaparecido, y se hallaba en muy mal estado, a pesar de estar en servicio público. Más o menos como ellos la recibieron, la conocía en mis niñeces. La iglesia santafereña ya no existe, pero sigue erguida su espadaña en los rincones del alma; y en ella repican todavía sus campanas sonoras.

(José Ortega Torres, salesiano: "La obra Salesiana en Colombia. Tomo I. Bogotá, Escuelas gráficas salesianaş, 1941, pp. 24, 30-32).



CONVENTO CARMELITANO

ASPETTI INTERNI dell'ex-Convento, Ospedale, Ca-serma
affidati a D.Rabagliati nel I890:
sede principale dei Salesiani in Colombia.

Por fin el primero de septiembre se abrió el *Colegio Salesiano de León XIII de artes y oficios,* como se le llamó entonces. Era natural que llevara el nombre del gran pontífice que tanto se interesó en su fundación. Como patrona especial de la casa se eligió a santa Ana, la esposa de san Joaquín, nombre este del cardenal Pecci, el pontífice de los obreros y las cuestiones sociales.

Hay todavía quien recuerda a don Evasio cocinando en uno de los corredores, ayudado por alguno de los hermanos, mientras los otros padres y el acólito y los demás coadjutores barren y limpian, barnizan y enjalbegan, tumban tabiques y ponen otros, activos y alegres, regocijando su pobreza y sus incomodidades con cantos y gracejos. No en vano llevaban en la mente las palabras de don Bosco y de don Rúa y en el pecho el fuego de la caridad.

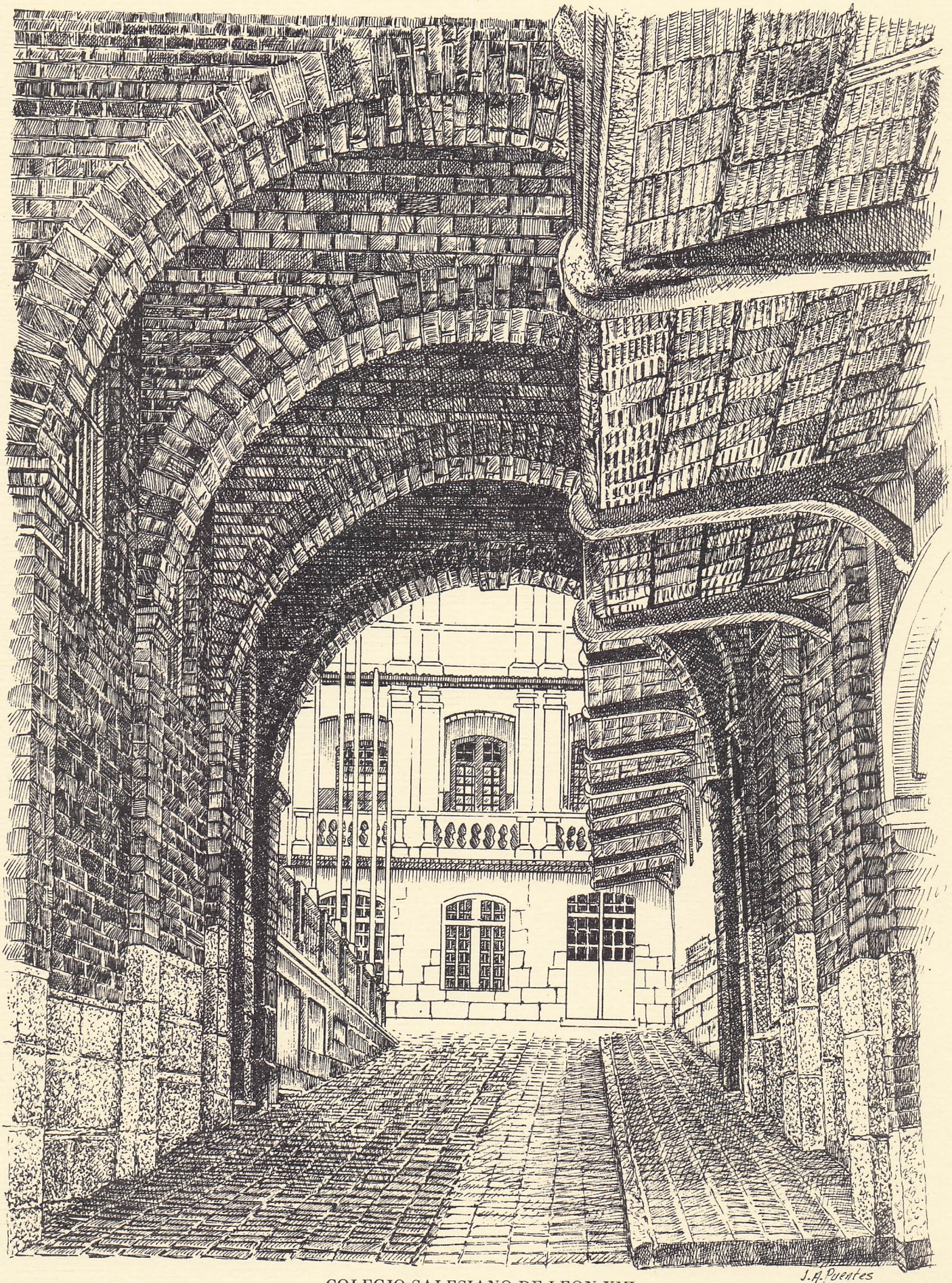
Los primeros cincuenta alumnos se repartieron, unos pocos para las escuelas elementales y los demás para los talleres de carpintería, sastrería, zapatería, y talabartería dirigidos respectivamente por los salesianos Angel Colombo, Carlos Migliotti, y Felipe Kaczmarzyck, y el maestro externo, nombrado por el gobierno, don Jacinto García. Entre esos alumnos de clases elementales figuran los padres Emilio Baena Zea y Jorge Herrán Caicedo, fundamento los dos del futuro noviciado salesiano de Colombia. Baena era de Manizales y corría por sus venas la sangre del prócer Francisco Antonio Zea. El padre Herrán Caicedo vive todavía: por sus dos apellidos pertenece a unas de las principales familias bogotanas.

En cuanto al edificio, ya se ha dicho que por entonces solo comprendía el patio principal con sus claustros, y la huerta. Aquel tenía en el centro una pila que a poco fue quitada para no estorbar los juegos. El claustro occidental se habilitó de taller de carpintería y talabartería y de salón de clases nocturnas, en la parte baja; en la alta, se instalaron la zapatería y la sastrería. En el del norte, estaban la sacristía, después capilla, y unas piezas muy húmedas, después sacristía, se destinaron para guardar objetos de la iglesia y trastos viejos. Encima, la biblioteca incipiente, un pequeño dormitorio para salesianos, y el teatro, que se ensanchaba con aquel, según cuentan; ahí estuvo después la clase de banda. En la parte oriental, abajo, la cocina, los comedores, la despensa y la panadería; arriba, los dormitorios de alumnos. Eso era todo, el resto de la manzana, como se dijo, lo ocupaba todavía el hospital militar.

De ahí, de esos locales oscuros, estrechos, incómodos, surgió el imponente edificio de hoy. ¡Viejos claustros aquellos, cargados de recuerdos y de años, cabe los cuales se albergaron nuestros ensueños de niños y nuestras inquietudes juveniles! ¡Qué de memorias de muchas generaciones guardabais en cada rincón y en cada piedra!... Seguid, seguid viviendo como otrora, amplios y acogedores en vuestra reciedumbre!...

(Tomado de la obra del P. José J. Ortega Torres, salesiano: *La obra salesiana en Colombia,* vol. I, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, pp. 37, 43-44).

pp. 39-42 -45



COLEGIO SALESIANO DE LEON XIII
ARCADA QUE UNE LOS DOS PATIOS



PATIO DE LA SECCION DE ARTES

La casa asignada a los salesianos aún no estaba del todo acomodada a su objeto. Había sido un convento carmelitano de mucho fervor y de mucho culto en la iglesia. Los gobiernos radicales de la república habían echado a las monjas, como a todos los religiosos y religiosas, a estilo francés jacobino; y lo habían convertido en hospital militar. Ocupaba una manzana entera, de cien metros por lado. Tenía hermosa y rica huerta. Pero unos desniveles tremendos, que la convertían en dos fracciones. La llegada de los salesianos activó el retiro de los enfermos y el acomodamiento de los locales.

Pero era natural que los salesianos tuvieran prisa por empezar cuanto antes su misión. El padre Miguel Unia, nombrado prefecto administrador, y ya tan entrenado en estos menesteres, puso todas sus facultades en tensión, y trabajando con los albañiles, carpinteros y cerrajeros, estucadores y pintores, hizo pronto habitable la casa y apta para instalar los primeros talleres-escuelas.

También se dio trazas para sacarle a la huerta todo el rendimiento posible. Era su máxima que a las cosas hay que sacarles, pudiendo, un rendimiento al ciento por uno.

La iglesia no había sufrido devastación alguna. Estaba en pleno culto. La devoción de los bogotanos a la Virgen del Carmen era proverbial. De modo que empezó a utilizarse muy pronto.

El primer sermón del padre Rabagliati fue una revelación. Lo colocó al lado de los más grandes oradores sagrados de la república.

También fue una revelación el canto y la música.

Los bogotanos son muy aficionados al arte divino. En la alta sociedad y aun en la media la educación musical era notable. Pese a las incomodidades de los viajes, eran frecuentes en la ciudad las óperas y las grandes zarzuelas y operetas. Y la música sagrada, tenía sus aficionados y había muy buenos coros. Pues a pesar de eso, o por eso mismo, los salesianos llamaron poderosísimamente la atención, y se conquistaron admiradores y devotos. La Providencia había dispuesto también esto. El padre Evasio era un pianista y organista de escuela; además, poseía una voz de barítono maravillosa de timbre, y perfectamente educada; su hermano, el clérigo Silvestre, había sido el primer soprano de su tiempo en el Oratorio, educado, por añadidura, por el maestro Dogliani; el hermano coadjutor Carlos Vergnano, maestro mecánico, era un tenor de muchas facultades; el maestro encuadernador, señor Razzetti, un bajo no despreciable; y se les unía el tenor de ópera Petrelli, de la Compañía de Orestes Síndici, que, como éste, había optado por quedarse en la capital colombiana.

El clérigo Jacinto Bassignana tocaba muy bien la flauta, era un deportista de primer orden, con una agilidad pasmosa y una fuerza hecúlea. Era además, buen matemático, y tenía una simpatía natural que se ganaba los corazones.

Bastante tuvo que trabajar para la instalación de los talleres en salones hasta entonces ocupados por camas y enseres de enfermería. Pero, acostumbrado como estaba a las grandes escuelas-talleres de Turín y San Benigno, y con la inteligente cooperación de los hermanos coadjutores, maestros de taller, al cabo de una semana pudieron habilitarse los de carpintería, cerrajería y mecánica, que empezaron inmediatamente a trabajar para construir material pedagógico.

Pronto le llegó el turno a la imprenta que, teniendo al frente un maestro tan competente como el coadjutor César Prano, artista de acendrado gusto y de iniciativa, pronto se impuso a la admiración y a la simpatía de los cultos bogotanos.

LA IMPRENTA Y DEMAS TALLERES

El padre Rabagliati era un entusiasta del apostolado de la prensa, como San Francisco de Sales y Don Bosco. De modo que pronto la Escuela Tipográfica empezó a publicar hojas volantes y la revista mensual *Lecturas Católicas,* folletos mensuales de cien páginas, a imitación de las de Turín y Barcelona.

Diplomas y otros trabajos a colores dieron fama a la Escuela. Prano era un consumado maestro en la composición y combinación cromática.

En Colombia no había fundición de tipos. El padre logró que de Turín le mandaran un hermano, Pedro Grasso, compañero de Prano, muy entendido en el oficio. Y así la Escuela Salesiana instaló la primera fundición de tipos en Colombia.

Antes de un año se habían montado también las Escuelas de sastería, zapatería y talabartería. Los maestros salesianos eran ayudados por maestros seglares, escogidos por el Ministerio, a petición de los salesianos.

El maestro salesiano de carpintería, don Angel Colombo, dominaba su oficio, especialmente la talla, lo que no valió poco para la construcción de altares y muebles.

Colombo era un tipo curioso. Milanés de nacimiento, nunca dominó ni el italiano ni el español; pero se hacía entender de todos maravillosamente, ganándose además la simpatía universal por su lenguaje típico y lleno de imágenes y de gestos.

La cerrajería y mecánica se distinguió por sus rejas, verjas y puertas artísticas, de modo que al correr de los meses, se engalanaban con trabajos de la Escuela los palacios, las iglesias y las haciendas campestres.

Todos los salesianos de esa expedición eran cantores y músicos. Pronto la banda alegró aquel recinto.

Comenzaron pronto también el apostolado del teatro. Era el tiempo de los grandes dramas, a lo Echegaray, a lo Zorrilla. Y así, los de Lemoyne tuvieron modo de imponerse a la admiración y al regusto de los sensibles bogotanos.

Habían entrado con buen pie los Salesianos en Colombia.

(Rodolfo Fierro Torres: El Padre Miguel Unia, Madrid, pp. 47-50).



P. EVASIO RABAGLIATI

PADRE EVASIO RABAGLIATI

Nació el Padre Evasio en Occimiano (Alessandria-Italia) el 20 de enero de 1855.

Fue uno de los pioneros enviados por Don Bosco a Sur América para traer un nuevo soplo de civilización cristiana.

A la edad de 12 años tuvo la fortuna de encontrarse con el gran Educador en una de aquellas excursiones que organizaba para sus alumnos durante el otoño por las colinas del Monferrato.

Acogido primeramente en el Colegio de Mirabello en 1869, pasó luego al Oratorio de Valdocco de Turín. Allí surgió la llamada a la vida salesiana y al sacerdocio.

En 1876 Don Bosco lo invitó a formar parte de la segunda expedición de misioneros salesianos enviados a América.

Inició su apostolado entre los emigrantes italianos de Buenos Aires y el año siguiente fue ordenado sacerdote. Mons. Costamagna lo llevó consigo para realizar la primera exploración de la Patagonia por vía marítima. En 1880 fue nombrado director del Colegio de San Nicolás de los Arroyos. Seis años más tarde tuvo que atravesar la cordillera de los Andes para fundar la primera casa salesiana de Chile, en la ciudad de Concepción (1887-1890). En ambas partes, su fuerte personalidad, rica de dones naturales y de habilidades adquiridas con la tenacidad y el esfuerzo, pero sobre todo su celo apostólico, suscitaron gran simpatía y colaboración. Su principal campo de apostolado fue Colombia a donde lo envió Don Rua en 1890 a abrir una escuela profesional como respuesta a la invitación del gobierno nacional y al deseo del Papa León XIII, cuyo nombre fue dado a la primera obra salesiana en Colombia.

Se dedicó a la ayuda espiritual y material de los leprosos de Agua de Dios, obra iniciada por el Padre Miguel Unia en 1891 y continuada luego por los padres Crippa y Variara.

Para dar desarrollo a la obra salesiana abrió en 1893 el Noviciado en Fontibón y tres años más tarde inició valerosamente con el Padre Ernesto Briata la misión de los Llanos de San Martín.

Después de haber visitado otros dos lazaretos y habiendo visto el abandono en que se encontraban los enfermos, proyectó reunirlos en un solo gran lazareto debidamente organizado para asegurar la asistencia material y espiritual de los enfermos. Aunque su iniciativa no pudo realizarse, debido a la situación política del país, logró crear sin embargo en la opinión pública una corriente en favor de los enfermos y obtuvo que el gobierno se ocupase más seriamente del grave problema.

En efecto en 1897 fue confiada a los salesianos también la dirección del Lazareto de Contratación.

Habiéndose desarrollado suficientemente la obra salesiana en Colombia, en 1896 fue erigida en Inspectoría autónoma y el Padre Rabagliati fue nombrado como primer inspector.

En 1910, después de haber participado en el Capítulo General para la elección del sucesor del Padre Miguel Rua, el nuevo Rector Mayor, el Padre Pablo Albera lo exoneró de su cargo por motivos de salud y lo envió nuevamente a Chile para que descansase y se curase. Pero el Padre Rabagliati, a ejemplo de Don Bosco empleó los últimos años de su vida al incesante ejercicio del ministerio sacerdotal.

Murió en la brecha después de una predicación a las Hijas de María Auxiliadora el 2 de mayo de 1920. A la noticia de su muerte el gobierno colombiano declaró luto nacional y la prensa de todas las tendencias políticas tanto en Colombia como en Chile, exhaltó sus grandes benemerencias civiles y religiosas.

(*Dizionario Biografico dei salesiani. Ufficio Stampa Salesiano.* Torino, 1969, p. 287).



P. MIGUEL UNIA

PADRE MIGUEL UNIA

UNA MISA MUY AGITADA

¡ESOS LEPROSOS!

Año y medio llevaba el Padre Unia en Colombia, cuando un domingo de julio, muy temprano, rezando el breviario, y precisamente las lecciones del tercer nocturno, su fantasía se puebla de seres extraños: una turba de leprosos le piden socorro. Como pudo, venció la distracción. Pero vino la misa, y mientras leía el Evangelio, la insistencia se hizo más fuerte:

—Padre Miguel, padre Miguel, compadeceos de nosotros...

Era la dominica XIII después de Pentecostés, y el Evangelio de la misa decía:

"En aquel tiempo iba Jesús hacia Jerusalén, atravesando las provincias de Galilea y Samaría. Cerca de un castillo salieron a su encuentro diez leprosos, que comenzaron a gritar diciendo: Jesús, hijo de David, ten compasión de nosotros. Y Jesús, deteniéndose, les dijo: Bien, id y mostraos a los sacerdotes, para cumplir lo mandado. Y mientras ellos iban, quedaron curados". (San Lucas, XVII).

El corazón volvió a llenársele de leprosos, y a duras penas podía continuar la misa.

Tanto los monaguillos, como los demás alumnos, notaron en el celebrante algo raro: detenciones, vacilaciones, y la misa fue muy larga, lo cual era muy extraño, pues él era muy equilibrado, y su misa no solía durar más de 25 ó 30 minutos.

El padre sabía que a unas 40 leguas de la capital, había una importante colonia de leprosos, carentes de servicio religioso; que muchos morían desesperados y no pocos se quitaban la vida. La lectura del Evangelio le revolvió todas estas cosas en la fantasía, con fuertes repercusiones en el corazón. Centenares de leprosos le gritaban que se compadeciese de ellos: "Padre Miguel, discípulo de Jesús, hijo de Don Bosco, ven; ya ves cómo hasta los sacerdotes nos abandonan; ven a consolarnos, a ayudarnos al menos a bien morir".

Para ser justos, hay que decir que el señor cura de Tocaima, población a unos diez kilómetros del lazareto, iba de cuando en cuando a celebrar la misa en Agua de Dios y visitar a los más enfermos. Pero así y todo, el abandono era real; los enfermos sufrían mucho y bastantes morían sin sacramentos.

Terminó la misa como pudo, y se engolfó en sus labores de prefectura, atendiendo sobre todo a los padres de familia que llegaban a visitar a sus hijos.

Pero en la tranquilidad de la noche, cuando quiso terminar el breviario, los leprosos irrumpieron nuevamente y no le daban tregua.

Cansado, febricitante, a eso de media noche fue a llamar a la puerta del superior. Este, que había aprovechado el silencio de la noche para despachar correspondencia y, cansadísimo, acababa de acostarse, creyendo que, como otras veces, algún enfermo del barrio reclamaba sus auxilios, salta del lecho, preguntando qué ocurre.

—Soy yo, Unia.

—¿Qué sucede? —pregunta algo alarmado.

—¡Esos leprosos, esos leprosos! ¡Padre, déjeme ir a ayudarles!

—¿Qué leprosos?

—Los de Agua de Dios. ¿No ve que están abandonados? ¡Dios lo quiere! Se lo ruego. Déjeme ir.

—¿Pero estás en tu juicio?

—Creo que todavía sí.

—Tu lenguaje es de hombre que delira. Vamos, cálmate; siéntate un momento. ¿Hablas en serio?

—Claro que sí, padre. Esta mañana, en el Evangelio, oí su voz. ¡Me llaman! Ya otra vez, hace varios años, leyendo los Anales de las Misiones del Extremo Oriente, me pareció que era una misión muy humanitaria y cristiana el cuidar de los leprosos. Pero ahora es la voz de Dios. ¡Déjeme ir, se lo ruego!

—Bueno; ahora cálmate; vete a dormir y descansa.

¡ULTIMATUM!

Ahora el desvelado era el padre Evasio. No obstante el dominio que ejercía sobre sus nervios, apenas si podía pegar ojo. Pensaba y reprensaba. ¿Capricho? ¿Sugestión? ¿Inspiración divina?

A las cinco de la mañana, como era costumbre, se levantó, bajó a la iglesia, hizo su meditación; se metió en su confesionario; y a su hora, celebró la misa.

Esperaba y temía la nueva entrevista.

También el padre Unia hizo, como siempre, sus prácticas de piedad.

Y cuando el padre Evasio abrió su despacho, se presentó para resolver el problema.

La entrevista fue más bien larga.

—¿No será una chifladura?

—Creo que es una inspiración verdadera; que es la voluntad de Dios.

Y le explicó con la candidez filial del salesiano lo que pasaba en su alma; concluyendo:

—¿No le parece una verdadera inspiración del Cielo?

—Puede que sí. Pero también comprenderás que esto es una cosa muy seria, sumamente seria; que todavía somos pocos para el trabajo que la obediencia nos ha señalado y las necesidades de estas juventudes... y que yo no tengo facultad para autorizar una misión que ni la Regla prevé, ni a los Superiores Mayores se les ha podido ocurrir.

—Pero si lo supieran, creo que no se opondrían...

—También puede ser. Pero, mira: ni tú ni yo podemos exponer a un hermano a contagiarse de lepra... Y ya ves lo apurados que andamos de personal para atender a las necesidades del colegio y a las del culto de esta iglesia, cada día más exigente.

—Padre Evasio, póngase en mi caso. Usted ¿qué haría?

—Pues... no lo sé. Como soy superior, alguna mayor libertad tendría para disponer de mi persona. Pero... ¡no es el caso!

—¡Se lo suplico, padre!

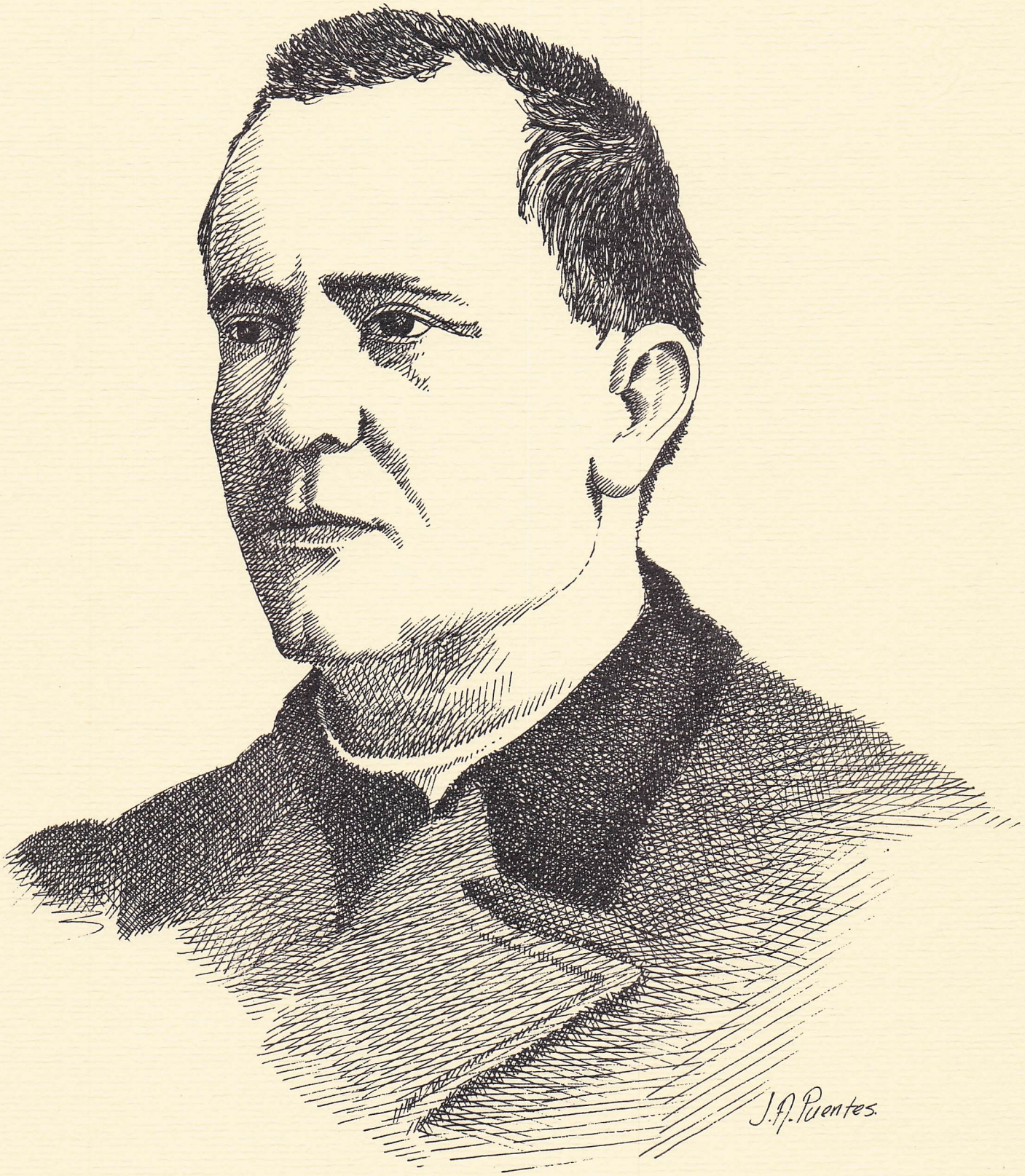
—¡Calma! Escribamos a nuestro superior general, y hagamos lo que él disponga.

—Gracias, padre; escribamos; pero mientras llega la respuesta, déjeme ir a hacerles una visita.

Y no hubo más remedio; autorizó la visita, añadiendo él a su pesada carga la suplencia en la administración.

Así nació la presencia salesiana en los lazaretos de Colombia.

(Rodolfo Fierro Torres: *Miguel Unia,* Barcelona, Ediciones Tibidabo, 1965, pp. 54-57).



P. ANTONIO AIME

L'Ispettore salesiano che successe a D.Evasio Rabagliati,dal 1913 al 1921.

PADRE ANTONIO AIME

Nació en Cereceto (Monferrato-Italia) el 4 de julio de 1861. Realizó sus estudios en Borgo San Martino. Ordenado sacerdote por Monseñor Cagliero, fue enviado a España como catequista de la casa de Sarriá, donde era director el Beato Felipe Rinaldi.

En este su primer campo de acción, pudo manifestar sus dotes tanto intelectuales como de corazón, y pudo madurar su amor efectivo para con los hijos del pueblo.

En 1900 fue nombrado director del incipiente colegio y oratorio de San José, en uno de los barrios más difíciles de Barcelona. Pronto manifestó su sensibilidad hacia los problemas sociales, su bondad y un verdadero arte para atraer a la juventud. Iba por las calles, mercados y plazas e inmediatamente era saludado con afecto y se veía circundado de muchachos. Se acercaba a los obreros y los conductores de coches y carretas, se preocupaba por sus problemas materiales y sus necesidades espirituales. No es exagerado decir que el Padre Aime era el sacerdote más conocido y apreciado en Barcelona. Comprendió como pocos las necesidades y las aspiraciones legítimas del obrero moderno. Organizó círculos y uniones católicas, escuelas diurnas y nocturnas, y cuando tuvo que dejar la ciudad industrial recibió una demostración de aprecio sin precedentes.

Sucedió al Padre Felipe Rinaldi en el gobierno de la inspectoría terragonense, (1901-1903) y fue luego enviado como inspector a Colombia, siendo continuador de la obra del Padre Miguel Uinia y del Padre Evasio Rabagliati. En Colombia permaneció hasta su muerte (1921), dando un particular desarrollo a las escuelas profesionales y preocupándose por los pobres y los enfermos.

Su muerte fue considerada como un luto nacional y a su funeral participaron el presidente de la república, los ministros y representantes de todos los sectores sociales de la capital.

(*Dizionario Biográfico dei Salesiani. Ufficio Stampa Salesiano.* Torino, 1969).



P. ENRIQUE HEREDIA

PADRE ENRIQUE HEREDIA MEDRANO

El Padre Enrique Heredia nació en Choachí, la ciudad levítica y salesiana de Cundinamarca, el 6 de julio de 1880.

Ingresó al Colegio León XIII el 19 de marzo de 1892. Aquí recibió la sotana el 15 de agosto de 1894 y en el noviciado de Fontibón hizo sus votos perpetuos el 17 de junio de 1897.

Durante los años 1900 y 1901 frecuentó el curso de Filosofía en la Academia Santo Tomás de Aquino en Roma que coronó con el doctorado y luego se dedicó durante cuatro años al estudio de la Teología en la Universidad Gregoriana, alcanzando también el doctorado.

Fue ordenado sacerdote en Bogotá el 28 de enero de 1904 de manos de Mons. Bernardo Herrera Restrepo.

Lo recordamos como religioso fervoroso, estudiante asiduo, profesor consagrado, maestro de novicios, Rector del Santuario Nacional de Nuestra Señora del Carmen, confesor incansable, predicador afectuoso, ágil como una ardilla, trabajador asiduo como una hormiguita, accesible a todos, con el alma llena de eterna juventud.

A partir de 1929, y por cerca de un decenio, fue el alma y el brazo principal en la búsqueda de los medios y en la vigilancia de los trabajos para la construcción del Santuatio Nacional de Nuestra Señora del Carmen de Bogotá, contiguo al Colegio de León XIII. Por más de 25 años, fue el incansable y sacrificado Rector del mismo santuario, confesor buscadísimo por sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, a quienes acogía siempre con exquisita bondad.

Consumido por el agotador trabajo de apóstol y médico de las almas, murió el P. Heredia el 27 de noviembre de 1963 a la edad de 83 años.

(Tomado de la carta mortuoria escrita por el Padre Héctor Jaramillo Duque, Director del Colegio Salesiano de León XIII).



MONSEÑOR JULIO CAICEDO TELLEZ

MONSEÑOR JULIO CAICEDO TELLEZ

Nació en Bogotá el 16 de abril de 1884. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Salesiano de León XIII. Frecuentó las Universidades Eclesiásticas de Roma y obtuvo el doctorado en filosofía y teología. Fue director en Mosquera (1928-1935) en el Colegio de León XIII (1935-1941) y nuevamente en Mosquera (1941-42).

Elegido obispo de Barranquilla, diócesis recientemente creada, tuvo la grande tarea de organizarla, construir el seminario (1945) preocupándose sobre todo por la formación del clero.

Después de 6 años, en 1948, fue transferido a Cali. Debió preparar casi inmediatamente el Congreso Eucarístico Bolivariano en 1949. Se dedicó luego a la labor que había emprendido en Barranquilla: la formación del clero para lo cual construyó y dotó un magnífico seminario. Durante toda su vida, pero particularmente durante la trágica explosión ocurrida en Cali, resplandeció su caridad de verdadero buen pastor.

Murió en Cali, el 24 de octubre de 1958.



SEÑOR CESAR PRANO
SALESIANO COADJUTOR

SEÑOR CESAR PRANO
SALESIANO COADJUTOR

Nació hacia 1870. Vino en 1893 y regresó a Italia en 1928. Trabajó en Bogotá 35 años. Murió en Florencia (Italia) en 1942.

Fue un hombre superior, un salesiano y un maestro, por más que decir salesiano y maestro es un pleonasmo.

Llegó a Colombia en las postrimerías del siglo XIX y fue un representante auténtico de ese siglo memorable: personalidad definida, artista nato por vocación y por escuela, en Italia se especializó en tipografía; celoso de la tradición, pues era de la escuela clásica, financista ponderado y organizador insuperable. Estas últimas dotes fueron su especialidad, y aunque dominaba ampliamente la técnica tipográfica –sobre todo la de la impresión–, como organizador y como financista hizo de los talleres salesianos un organismo ágil, coordinado y eficiente como el más. Siendo coadjutor, dentro del admirable y admirado engranaje de las obras ideadas por Don Bosco, el portentoso santo piamontés, el señor Prano descolló dentro de las jerarquías directrices del Colegio de León XIII, y sus conceptos no solo fueron escuchados sino que sus sugerencias, en el campo técnico, fueron siempre acatadas, porque tenían ese sentido común que orienta, ordena y se impone por la persuación y la practicidad. Este salesiano de visión excepcional fue siempre consultado en Bogotá y en Colombia, como una autoridad indiscutible. Gracias a él, a la planeación que estructuró cuidadosamente, los talleres salesianos fueron lo mejor de su época, en Bogotá y en Colombia.

No es posible olvidar que en 1893 los salesianos fundaron la primera y quizás única fundición de tipos del país, la cual prestó durante muchos años invaluables servicios a nuestras artes gráficas.

El señor Prano fundó, en colaboración con el señor Luis J. del Real, en el año de 1926, la revista *Arte Gráfica,* que fue una altísima tribuna de las artes gráficas colombianas, a la altura de sus similares extranjeras de su tiempo; esa revista subsistió hasta 1942, y por rara coincidencia el último número fue, precisamente, una bella edición dedicada a su fundador, con motivo de su muerte. Efectivamente, en su página de honor se lee esta sencilla pero elocuente dedicatoria:

A DON
C E S A R P R A N O
MAESTRO INSIGNE
DEL
ARTE TIPOGRAFICO
FUNDADOR
DE ESTA REVISTA

☆ ● ☆

TRIBUTO AGRADECIDO
DE SUS
AMIGOS Y DISCIPULOS

Y más adelante, el cofundador de *Arte Gráfica,* don Luis del Real afirma entre otras cosas: "si alguien ha merecido en Colombia el título eximio de maestro ha sido él... don César Prano lo fue, y en grado máximo. El arte no guardaba secretos para él. Lo conocía a fondo, a perfección".

(Tarcisio Higuera B.: *La Imprenta en Colombia* (1737-1970), Bogotá, Inalpro, pp. 246-247).



COMO ESTABA INTEGRADO EL LEON XIII EN SUS INICIOS –1891– EN TORNO AL P. EVASIO RABAGLIATI



SUPERIORES Y BANDA INSTRUMENTAL DEL COLEGIO DE LEON XIII EN EL AÑO DE 1892



XV EXPEDICION GENERAL Y PRIMERA A COLOMBIA: 4 PADRE FERRARIS, 5 PADRE UNIA; 7 D. JOSE ETERNO;
12 D. SILVESTRE RABAGLIATI; 23 D. ANGEL COLOMBO; 24 D. E. SPINOGLIO; 26 D. PABLO MIGLIOTTI; 22 D. FELIPE KATZMARSIK

El 3 de enero de 1890 salieron de Turín con rumbo a Colombia los primeros salesianos. Los dirigía el padre Miguel Unia, en reemplazo del padre Evasio Rabagliati, quien, proveniente de Chile, debía unírseles en Cartagena. He aquí los nombres de esos primeros nuncios de don Bosco en nuestro suelo: el padre Leopoldo Ferrari, los acólitos Silvestre Rabagliati y José Eterno, y los hermanos coadjutores Angel Colombo, Pablo Migliotti, Enrique Spinoglio y Felipe Kaczmarzyck. Nueve por todos.

Al venir a Colombia contaba el padre Unia cuarenta y un años, no era ya un joven; más lo era el padre Rabagliati, quien solo tenía entonces treinta y cinco. Pero si diferentes eran las edades, idéntico entusiasmo los animaba. Véase, si no, esta carta que tantos datos nos suministran sobre ese viaje memorable:

A bordo del vapor *La France*, enero 22 de 1890.

Reverendo señor don Rúa:

Espero que mañana podré enviarle desde Saint-Pierre esta carta. Nuestro viaje hasta ahora ha sido feliz, y todos estamos bien, menos el querido acólito José Eterno, quien cayó en cama el mismo día que nos embarcamos; y se ha ido agravando.

Dos médicos que van entre los pasajeros, y el de a bordo creen que se halla fuera de peligro; pero con todo tendrá que desembarcar en Barranquilla, para que descanse unos cinco o seis días pues está muy debilitado. La enfermedad ha sido un amago de pulmonía, y aunque curada a tiempo, me tiene aún con mucha aprensión.

A bordo se nos trata con toda consideración. Todos los días celebro la santa misa. Los pasajeros, como en número de ciento, son corteses y cristianos; entre ellos vienen cinco sacerdotes franceses y el superior de los lazaristas de Panamá. ¡Qué afortunado encuentro! ¡Cómo se ve que el Señor nos quiere!

Hemos tenido también la suerte de que venga con nosotros un ingeniero romano, empleado del gobierno de Colombia, dignísima persona y muy práctica en el camino que debemos recorrer. El mismo se nos ha ofrecido espontáneamente para disponer cuanto sea necesario y acompañarnos hasta Bogotá. Conoce palmo a palmo esa ciudad y a toda Colombia, y está relacionado con los hombres más notables del país.

No le escribo más detenidamente porque me siento sofocado de calor. Reciba, amadísimo padre, los más humildes y sinceros saludos de mis compañeros. Sírvase dar nuestros afectuosos recuerdos a todos nuestros superiores, a quienes jamás dejamos de encomendar a Dios.

Sac. MIGUEL UNIA".

El ingeniero a que se alude en esa carta, era el señor Pedro Cantini, cuyo nombre va unido a muchas obras importantes en Bogotá y en otros sitios.

Entre nosotros se da el nombre de acolito, no a quien ha recibido la orden del acolitado, sino a los jóvenes que se preparan al sacerdocio, desde que empiezan noviciado hasta cuando se ordenan. El clérigo José Eterno era un jovencito de veintiún años; había nacido en Tonco, Italia, en 1869, y recién profeso pidió dejar su patria y el cariño de los suyos para venir a ejercer en la remota América el celo del apostolado. No pudo, sin embargo, ver la tierra soñada por su anhelo misionero. Murió en el puerto de La Guaira, Venezuela, el 27 de enero de 1890.

(José J. Ortega Torres, Salesiano: "La obra salesiana en Colombia", Vol. I, Bogotá, Escuelas gráficas salesianas, 1941, pp. 7-9).